

La mercantilización de la vida íntima

De la misma autora

The second shift: Working parents and the revolution at home,
Nueva York, 1989

The managed heart: The commercialization of human feeling,
Berkeley, 1983

The time bind: When work becomes home and home becomes work,
Nueva York, 1977

The unexpected community, New Jersey, 1973

Arlie Russell Hochschild

**La mercantilización
de la vida íntima**

Apuntes de la casa y el trabajo

Traducido por Lilia Mosconi

Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *The commercialization
of intimate life. Notes from home and work*

© 2003 by Arlie Russell Hochschild

ISBN Argentina: 978-987-1283-81-1
ISBN España: 978-84-96859-41-8

I. Globalización. I. Mosconi, Lilia, trad. II. Título
CDD 327.1

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-50.020-2008

Índice

- 9 Agradecimientos
- 11 Introducción. Las dos caras de una idea

PRIMERA PARTE

UNA CULTURA DE DESINVERSIÓN PSÍQUICA

- 25 1. El espíritu mercantil de la vida íntima y la abducción del feminismo
- 49 2. La frontera de la mercancía
- 71 3. Los códigos de género y el juego de la ironía
- 89 4. Liviandad y pesadez

SEGUNDA PARTE

UN YO IMBUIDO DE SENTIMIENTOS

- 111 5. La capacidad de sentir
- 129 6. La elaboración del sentimiento
- 155 7. La economía de la gratitud
- 177 8. Dos maneras de ver el amor
- 189 9. Los caminos del sentimiento

TERCERA PARTE

EL DOLOR REFLEJO DE UNA SOCIEDAD CONFLICTIVA

- 207 10. De la sartén al fuego
- 219 11. El colonizador colonizado
- 237 12. La familia fracturada
- 253 13. Cuando los niños escuchan las conversaciones

CUARTA PARTE

LA ECOLOGÍA DEL CUIDADO

- 269 14. Amor y oro
285 15. La geografía emocional y el plan de vuelo del capitalismo
307 16. La cultura de la política

QUINTA PARTE

PERSONALMENTE HABLANDO...

- 325 17. En el reloj de las carreras laborales masculinas

365 Bibliografía

Para Ilse Jawetz

Agradecimientos

Me complace ver estos ensayos reunidos entre las tapas de un libro. Si bien en ellos describo mis opiniones respecto de muchos temas, las ideas respiran y crecen, y espero que éstas también lo hagan: es por esa razón que las ofrezco como trabajo inconcluso. No habría podido desarrollarlas hasta aquí de no haber mediado la ayuda de muchísimas personas, a quienes debo mi gratitud. A mi vieja amiga Ann Swidler y al difunto Michael Rogin les agradezco por escudriñar conmigo la lejana bruma de donde emergieron las ideas que ofrezco en este libro. Agradezco a Jerry Karabel y a Mike Hout por ayudarme a buscar exhaustivamente diversos tipos de información. Debo mucho al sabio y perceptivo consejo de Tom Englehardt en relación con la forma general de estos ensayos, y por sugerirme cuáles eran las cosas que no correspondía incluir. Por su excelente ayuda en la investigación, agradezco profundamente a Allison Pugh y Roberta Espinoza, y por su maravilloso respaldo y esmerado trabajo deseo expresar un gran agradecimiento a las editoras de UC Press, Naomi Schneider y Sue Heine-mann, y a la correctora editorial Kay Scheuer. Por su cuidadoso tipiado y sus impredecibles ataques de risa, muchísimas gracias a Bonnie Kwan.

Quiero rendir un tributo especial a Ilse Jawetz, con quien he conversado todos los días de semana durante casi treinta años... sobre los hijos, la escritura, Freud, Hitler, el amor y todos los misterios dulces y crueles de la vida. Agradezco profundamente su amistad, que me hace ser mejor.

Y muchas gracias a mi marido, Adam, quien me cautivó a los 20 años y ha conservado mi corazón desde entonces. Adam ha convivido con estas ideas casi tanto como yo, y leyó los presentes ensayos en diversas etapas. Hizo comentarios sobre el contenido, claro está, pero también los juzgó desde su posición de estilista consumado. Con el propósito de inculcarme los peligros que encierra el excesivo uso de comillas, dejó el siguiente comentario en el margen de un borrador inicial: “¡Oh!” “Tantas” “comillas” “alre-

dedor”“de”“tantas”“palabras”“hacen”“que”“el”“ensayo”“se”“vea”“raro”. Las comillas –señaló mi marido con gran tino– son una manera de expresar reservas en relación con el uso de una palabra, y necesitamos una buena razón para incluirlas. Así, las pocas comillas de este libro que han resistido las rojas marcas inclinadas con que Adam indicaba su eliminación debieron presentar un alegato extremadamente sólido en el tribunal del escritor a fin de defender su derecho a la permanencia. Yo “le”“agradezco”“por”“su”“buen”“consejo”, y le envió mi amor sin comillas.

Introducción

Las dos caras de una idea

Dice la sabiduría popular que quien recorra sin brújula un largo trecho de espesura virará gradualmente hacia el costado, andará en círculos y terminará en el mismo lugar desde donde partió. Cuando extendí estos ensayos por primera vez sobre la alfombra azul de mi estudio, desde el que pensaba incluir en primer lugar hasta el que acababa de redactar, había trazado ese círculo. En su centro está la idea de que el amor y el cuidado, los verdaderos cimientos de cualquier vida social, hoy suscitan gran desconcierto en los Estados Unidos. Cuidamos a otras personas, pero... ¿por qué lo hacemos? ¿Nos motiva el deseo personal o la obligación? ¿O una mezcla de ambos? ¿Están esos motivos ligados a la familia, o algo por el estilo? ¿A la amistad, o algo por el estilo? ¿Nos motiva el orgullo cívico, la devoción a Dios, la dignidad profesional o el deseo de ganar dinero? Por otra parte, ¿qué ocurre cuando cambian las instituciones donde se afirman esos lazos? Por ejemplo, cuando se aligeran o cambian los lazos familiares en los Estados Unidos, el Estado retira su apoyo a los pobres, las empresas recortan los beneficios y reducen la seguridad laboral o se expande el sector económico de las personas y las instituciones que brindan cuidados con la inclusión de trabajadores provenientes de todo el globo, ¿qué enredos, desconexiones y sorpresas –en apariencia inconexos– surgen en las expresiones diarias de amor y cuidado y en nuestros sentimientos relacionados con esas expresiones? Cuando una niñera tailandesa que trabaja en Redwood City, California, me dice que quiere más a los niños estadounidenses a su cuidado que a los hijos que dejó en Tailandia, ¿debo encontrar allí el ejemplo de un país rico que “extrae” de un país pobre el valioso metal del amor? Y si así fuera, ¿con qué lazos sociales de amor y cuidado cuentan los hijos de esa niñera?

Emoción, género, familia, capitalismo, globalización: éstos son los temas. Pero invito al lector a que utilice todas las ideas incluidas en ellos para dilu-

cidar qué cosas influyen en el destino del amor y del cuidado. He ahí la pregunta que ocupa el centro del círculo.

A lo largo de los últimos veinte años hemos presenciado el ensanchamiento de un vacío en torno del cuidado. Los sistemas informales de cuidado familiar se han vuelto más frágiles, inciertos y fragmentarios, en tanto que las nuevas formas institucionales no se han implementado de manera universal ni son uniformemente humanitarias. También la estructura general de la sociedad estadounidense es ahora menos cuidadosa: se ha profundizado la brecha entre las clases sociales, y las grandes corporaciones emplean y despiden trabajadores obedeciendo cada vez más a la demanda del mercado.

Todo ello ha alterado la naturaleza del ámbito público al que las mujeres estadounidenses ingresaron en enormes cantidades durante el mencionado período. En el año 1900, menos de un quinto de las mujeres estadounidenses casadas trabajaban por un salario; en 1950 lo hacía aproximadamente el 40 por ciento, y en el año 2000, cerca del 70 por ciento.¹ En efecto, esté o no presente el marido, seis de cada diez mujeres con hijos de 2 años y más de la mitad de las mujeres con hijos de 1 año trabajan fuera del hogar, y hoy en día también trabajan las abuelas, las tías y las vecinas a quienes una mujer podría haber acudido en busca de ayuda para cuidar a sus hijos. Lejos de reducir su horario de trabajo, los padres lo han extendido, en tanto que el índice creciente de divorcios ha llevado a que muchos padres dejen todo el cuidado de sus hijos en manos de sus ex esposas. Como consecuencia de este proceso hay menos colaboradores en el hogar, en tanto que mucha gente no encuentra o no puede pagar personal que cuide bien a sus hijos. Ni el gobierno ni las corporaciones privadas se disponen a cubrir este vacío; por el contrario, en los últimos años tanto el Estado como el capitalismo han dado un paso atrás al abandonar compromisos anteriores (el Estado lo ha hecho mediante la reforma de la asistencia social; el capitalismo, con la pérdida creciente de la seguridad en el trabajo). Ambos han devuelto la pelota del cuidado al ámbito privado del hogar, donde quedan pocos que puedan atajarla. Al parecer, tanto en el ámbito privado como en el público, “papá ya no pasa alimentos”.²

1 Departamento de Estadísticas Laborales de los Estados Unidos, cuadros 4 a 6.

2 Otro aspecto del problema es nuestra creciente cultura de la mercancía. En un sentido, puede decirse que el vacío en el ámbito del cuidado crea un vacío social. A lo largo de los últimos treinta años, la gente ha pasado a conversar cada vez menos, visitarse menos e invitar a menos amigos a su casa, aun cuando mira más televisión y hace más compras (Putnam, 2000). El vacío en torno del cuidado abre paso a una cultura de la mercancía, y la cultura de la mercancía ofrece sustitutos

Estas noticias no son nada buenas. Es innegable que los niños y los ancianos estadounidenses estaban mucho peor en 1690, 1890 y 1930, pero quienes defienden el argumento según el cual “antes era peor” suelen hacerlo en el espíritu de prepararnos emocionalmente para aceptar las malas noticias del mundo actual. Lejos estoy yo de querer hacer tal cosa: no necesitamos imaginar un pasado irrealmente idílico para reconocer el vacío que se ha abierto actualmente en torno del cuidado como lo que verdaderamente es: un vacío en torno del cuidado.

Y este vacío ha tenido consecuencias curiosas. Por un lado, el cuidado de niños y ancianos parece haber descendido de categoría en cuanto a los honores y la recompensa monetaria, y se ha transformado en un trabajo del que es preciso salir o que debe dejarse vacante para quienes no logran conseguir un empleo mejor. Por otro lado, la tarea ha adquirido mayor importancia ideológica, como parte de un vehemente y confuso intento de crear una familia y una nación más cálidas y gentiles. El “cuidado” se ha ido al cielo en el terreno ideológico, pero en la práctica se ha ido al infierno.

En efecto, a pesar de la escalada que se produjo en la retórica pública del cuidado, cada vez nos planteamos más preguntas angustiantes en torno de sus realidades prácticas. Algunas preguntas atañen a la ayuda informal ofrecida por la familia y los amigos. ¿Quién es el “papá real” en la vida de un niño, el padre o el padrastro? ¿Los abuelos principales son los padres del ex marido, o el niño recurre ahora a los padres del nuevo marido? Si un padre cumple extensos horarios de trabajo, ¿cómo comparte el cuidado de su madre anciana con sus hermanos, su esposa y el asistente domiciliario? ¿Un niño de 12 años debe quedar al cuidado de un vecino, o ya tiene edad suficiente para quedarse solo en casa hasta que sus padres regresen del trabajo? Dadas las nuevas presiones laborales, ¿cuándo pueden regresar al hogar los padres y las madres que trabajan?

Cuando reemplazamos el cuidado familiar por cuidado pago, ¿qué podemos hacer para que éste funcione bien desde el punto de vista humano? A medida que la familia “artesanal” se transforma en una familia postindustrial, las tareas que antes se llevaban a cabo en el interior del núcleo familiar se confían cada vez más a especialistas externos: cuidadores de niños y de personas mayores, enfermeros, profesores de colonias de vacaciones, psicólogos y, entre los más ricos, choferes, ensambladores de álbumes familiares y animadores de fiestas de cumpleaños. Cada vez producimos menos

materiales del cuidado. O bien, de manera aun más insidiosa, “materializa” el cuidado hasta tal punto que el amor se da y se recibe cada vez más a través de objetos comprados (véanse Putnam, 2000; Schor, 1998).

cuidado familiar y cada vez lo consumimos más. En efecto, cada vez es más común que “cuidemos” mediante la adquisición del servicio o el objeto apropiados.

En tanto que muchas formas de cuidado pago constituyen grandes adelantos en relación con el cuidado informal de ayer, el servicio de cuidado pago plantea cuestiones acuciantes. ¿No nos molesta la posibilidad de que el bebé le diga su primera palabra a la niñera y que la abuela diga la última cuando está con el enfermero domiciliario? ¿Cómo reconciliamos el asombro reverencial que nos producen esos momentos con la vida moderna, sus exigencias laborales, su igualdad de los sexos y su particular estructuración del honor? He ahí la cuestión primordial.

Muchos de los ensayos que integran el presente libro apuntan a captar y magnificar momentos del círculo que rodea esta cuestión. Un niño escucha que su padre o su madre contrata una niñera por teléfono. Un hombre pretende que su esposa se muestre más agradecida porque él se ha ocupado de lavar la ropa. Un libro de autoayuda le aconseja a esa mujer que deje a su marido. Los momentos de la vida privada en que se producen conflictos o confusiones respecto del cuidado suelen guardar relación directa con presiones contradictorias que ejerce la sociedad en general. A veces, dichas presiones se originan en un lugar y se manifiestan en otro, como ocurre con el llamado “dolor reflejo”. Así como un dolor de pierna puede originarse en una hernia de disco lumbar, es posible que un vínculo dolorosamente resentido entre padres e hijos sea consecuencia de una aceleración corporativa o una racionalización gubernamental. En nuestros momentos de desapego y descuido, cada vez sentimos más el dolor reflejo del capitalismo global que avanza sin que nada lo detenga.

LA ESFERA PERSONAL

Éste fue el primer descubrimiento que mis reflexiones de años fueron poniendo de relieve en relación con diversas facetas del cuidado. Pero mientras pensaba en los presentes ensayos también comencé a preguntarme que brújula oculta en mi vida personal explicaba tan profundo interés en las cuestiones que intento dilucidar. Y entonces hice un segundo descubrimiento. Como muchas otras mujeres de mi generación, blancas y de clase media, en la década de 1960 “emigré” de la cultura emocional de mi madre para establecerme en la de mi padre. Mi madre era una ama de casa de tiempo completo que se ocupó de criar a sus hijos —mi hermano Paul y